



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

Sol y Luna, una definición hispanista de la nacionalidad argentina

Nicolás Iannini¹

Introducción

El objetivo de este capítulo es abordar la recepción del hispanismo en la revista *Sol y Luna*. Esta publicación representa una de las experiencias culturales más destacadas de la intelectualidad nacionalista y católica argentina de derecha que adoptó el hispanismo como parte integral de su pensamiento entre fines de la década de 1930 y principios de la siguiente. Durante esos años el hispanismo se convirtió en un recurso ideológico de importantes intelectuales de la derecha argentina, vinculados en su mayoría al nacionalismo y al catolicismo integrista. Los dos móviles que impulsaron esta opción fueron la Guerra Civil española y el ascenso del régimen franquista. La guerra promovió lazos de solidaridad y movilizó a la población en favor de uno u otro bando, aun cuando el estado mantuvo oficialmente una política de prescindencia y de *no intervención* en el conflicto.² En este

¹ Profesor de enseñanza media y superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeña como investigador en dos proyectos de investigación: por un lado, es miembro del Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra (GeHiGue), radicado en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, y por otro lado, participa del proyecto UBACyT programación 2012-2015 para Grupos Consolidados “La inmigración española en Buenos Aires luego de la Segunda Guerra Mundial: entre el espontaneismo y la regulación estatal (1946-1960)”, radicado en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Se especializa en la historia cultural, intelectual y política del nacionalismo argentino de derecha durante la década infame (1930-1943).

² Sólo extraoficialmente miembros del gobierno, entre ellos el Ministro del Interior y el Poder Ejecutivo de la Nación, Ramón Castillo y Agustín P. Justo respectivamente, expresarán sus simpatías por la causa franquista. Recién en febrero de 1939, antes de la finalización de la guerra, el estado argentino reconocerá oficialmente al gobierno del bando nacional con sede en Burgos. Véase Mónica Quijada, *Aires de República, aires de cruzada: La Guerra Civil Española en Argentina*, Barcelona, Sendai, 1991.

sentido, la sociedad argentina vivió la guerra como una causa propia; es decir, la percibió como un acontecimiento histórico en el cual estaba involucrada y en el que se definía más que el mero destino de España, percepción reforzada a su vez por el sentimiento de filiación que por historia, cultura, lengua y presencia de la comunidad de inmigrantes de ese origen en el país unía a la Argentina con el estado ibérico.

Como en España, la guerra dividió a la sociedad, a la opinión pública, a los intelectuales, a los funcionarios y a la Iglesia Católica en dos bandos, provocando un proceso de polarización y radicalización ideológica: de un lado, los republicanos, y del otro, los *nacionales*. Mientras que los sectores medios y populares tendieron a identificarse con la causa de la República, una minoría de intelectuales, políticos y eclesiásticos dieron su apoyo a la coalición de derecha que comenzaba a nuclearse en torno de la figura del General Francisco Franco. Para este último grupo, integrado por conservadores, nacionalistas de derecha y católicos integristas, España representaba un espejo donde mirarse: por un lado, reflejaba la situación política y social que había que evitar reproducir localmente, y por el otro, un modelo al que se aspiraba. Posteriormente, el triunfo franquista incrementó aún más las esperanzas de estos grupos en la “España eterna”, enemiga del liberalismo, del comunismo, de la democracia; un aliado ambiguo del fascismo aunque desembarazado de algunos rasgos no deseados producto de su matriz católica; un adorador de la Tradición, del Medioevo y del catolicismo y un promotor de la unión entre la espada y la cruz en su cruzada contra el orden liberal y moderno y en pos de la restauración del orden cristiano. De este modo, el nacionalismo-católico argentino encontró en la identificación con el régimen de Franco y en la recuperación del vínculo con *lo hispánico* un camino seguro hacia la restauración del orden cristiano, materializado históricamente en la España imperial de los siglos XVI y XVII. Pero su filiación con el franquismo y el hispanismo implicarían una redefinición de su identidad nacional, una revisión histórica de su pasado y una reconfiguración o relectura de la relación presente y futura entre Argentina y España que muchas veces no resultaría fácil de asimilar.

Sin embargo, sería erróneo plantear un interés unidireccional de América en relación al modelo hispanista, dado que simultáneamente el régimen franquista veía en él un fundamento teórico para su política exterior en la región. El hispanismo fue para el franquismo un medio útil destinado a aumentar su influencia al otro lado del Atlántico y recomponer así su prestigio internacional en el escenario europeo. Pero a su vez, y a medida que el régimen español fuera permeado por la influencia del falangismo (principalmente en

los órganos de relaciones exteriores y de propaganda), éste lo utilizó también para promover expectativas imperialistas culturales y políticas, transformándolo en un instrumento de penetración ideológica y de dominio imperial. Estas pretensiones de control generaron ciertas rispideces con algunos intelectuales americanos. En este sentido, las posiciones hispanistas a uno y otro lado del Atlántico oscilaron entre la absorción imperialista española y la defensa de la autonomía nacional de algunos intelectuales americanos, generando así distintos modos de entender el hispanismo.

Este trabajo se plantea analizar el sentido del hispanismo desplegado por *Sol y Luna* en contraste con el modelo hispanista español que contemporáneamente se promovía desde España. Nuestra hipótesis sostiene que el hispanismo de esta publicación no fue una reproducción automática del impulsado por los intelectuales franquistas-falangistas sino, por el contrario, una adaptación crítica de éste en función de sus intereses como nacionalistas argentinos. Es decir, si bien por un lado el hispanismo en *Sol y Luna* sirvió como vehículo de identificación con la causa franquista y lo que esta representaba, con las raíces originarias de la nación y un medio de proyección de un orden nacional fundado en la tradición; por otro la revista rechazó todo aquello que perjudicara la autonomía y la posición de la Argentina en el escenario internacional. Este trabajo se propone matizar el planteo de algunos historiadores que han interpretado que los nacionalistas argentinos durante los años '30 habrían asimilado menos conflictiva y contradictoriamente, de lo que creemos realmente fue, las ideologías y los modelos provenientes de la derecha y de la extrema derecha europea y española.

Por otro lado, creemos que este análisis puede plantearse también en función de una dimensión histórica. Es decir, a medida que la Guerra Civil española se alejaba y el franquismo caía bajo la influencia del falangismo, alterando su discurso hispanista por uno más agresivo e imperialista, al son de la influencia de las potencias del eje, paralelamente, *Sol y Luna* “matizaba” y “reinterpretaba” el hispanismo replanteando la relación jerárquica entre América y España propuesta por éste. En este sentido, dedicó mayores esfuerzos a definir una identidad nacional local, con elementos autóctonos, a pensar la unidad global hispánica desde una perspectiva propia y a tratar temas o referentes argentinos, sin implicar esto un abandono de su impronta hispanista y de su acercamiento al franquismo.

El hispanismo peninsular y sus variantes

Antes de continuar avanzando, debemos dar una definición más precisa del concepto de hispanismo y de las características que éste adquirió durante el franquismo. En principio, la hispanidad presupone la existencia de una comunidad hispánica transatlántica basada en una unidad cultural, histórica, lingüística, racial y religiosa que aunaba los territorios que estuvieron bajo control político de la monarquía hispánica entre los siglos XV y XVIII. Además implicaba una identidad compartida fundada en una dimensión espiritual común y un destino convergente. En este sentido, el hispanismo presentaba a las naciones hispánicas como una gran familia de pueblos que adoptaron formas específicas de comportamiento e impulsaron un nuevo tipo de civilización superior y diferente de otras culturas como la anglosajona, a la cual veía como su alter ego, o de otras que opacó, como la de los pueblos originarios que fueron vencidos.³ Este ideario partía de un principio teórico que articuló un conjunto de mitos, sueños e ideas imperiales enquistadas en el imaginario social español desde el reinado de Carlos I, pensamientos y teorizaciones de una generación de intelectuales españoles frustrados ante los sucesos de la crisis del '98 y la pérdida de las últimas colonias españolas y, por último, las tesis de dos autores claves de la intelectualidad española de fines del siglo XIX y principios del XX: Marcelino Menéndez y Pelayo y Ramiro De Maeztu.

Ahora bien, no existió una sola forma de hispanismo sin variaciones a lo largo del tiempo. En tanto que en sus inicios el concepto estuvo asociado a una matriz ideológica liberal-democrática, a partir de los años 1920 y 1930 su signo ideológico cambió. En principio, la caída del imperio y la derrota en Cuba en 1898 fue el primer despertar de un sentimiento nostálgico ante lo perdido; no obstante, se trataba de una nostalgia laxa que pretendía restaurar una unidad espiritual flexible entre la península y sus excolonias sin proponer entonces un sistema de dirección vertical ni materializar un deseo de alterar el orden liberal y democrático⁴. Luego, el ascenso al poder del dictador Miguel Primo de Rivera permitió que lecturas reaccionarias del hispanismo, que hasta el momento hubieran sido marginales, se convirtiesen en una corriente ideológica hegemónica. Esto se debió a que el dictador tomó el hispanismo reaccionario como fundamento de su política exterior en América buscando estrechar los lazos culturales e intelectuales. De este modo, el hispanismo

³ Ricardo Pérez Montfort, *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, México, FCE, 1992, pp. 15-19.

⁴ Como exponentes de dicha corriente cabe mencionar a Rafael Altamira, Adolfo Posadas, Federico de Onís, Eduardo Gómez de Baquero, Enrique Díez Canedo, entre otros. Sobre el hispanismo liberal-democrático y sus diferencias con el hispanismo reaccionario, véase Pérez Montfort, op. cit y José Luis Bendicho Beired, *Hispanismo: um ideário em circulação entre a Península Ibérica e as Américas*, Campinas, Anais Eletrônicos do VII Encontro Internacional da ANPHLAC, 2006.

reaccionario se convirtió durante los años '20 en expresión oficial del Estado, eclipsando las manifestaciones hispanistas liberal-democráticas. En este marco, las tesis esbozadas por Menéndez y Pelayo, iniciador del hispanismo reaccionario, fueron retomadas y reactualizadas por intelectuales funcionales al estado como José M. Pemán y Ramiro de Maeztu, por experiencias culturales como “Acción Española” o por otro intelectual de talla como el obispo Zacarías De Vizcarra. Este hispanismo presentaba marcadas diferencias con el anterior. En primer lugar, su matriz ideológica fue el tradicionalismo católico. En segundo lugar, la nacionalidad hispánica quedaba homologada a la pertenencia católica, a la que se sumaron otros valores esencialistas, como la hidalguía, la caridad, la jerarquía. En tercer lugar, se ofrecía una lectura teologizada del hispanismo: la comunidad hispánica era presentada como una comunidad superior que unía naciones a la cual Dios le había asignado una misión trascendente, providencial y universal basada en la salvación de todas las almas. España aparecía entonces como el conductor de dicho proceso y el descubrimiento de América y la conquista como su comprobación histórica. En cuarto lugar, se promovía la exaltación idílica de la sociedad natural, armónica, jerárquica, católica y afín al dictado divino de la España medieval, del siglo de oro. La contraparte de ello, era la satanización de *lo extranjero*; lo francés, lo inglés e incluso lo alemán eran vistos como influencias perjudiciales. En este marco, el reinado borbónico en España, permeado por las ideas de la Ilustración y el liberalismo, fue considerado la causa del desmembramiento imperial y de la extensión de sentimientos hispanóforos en América. El siglo XVIII fue estigmatizado como el siglo del mal. En quinto lugar, este hispanismo proponía una contraposición de civilizaciones: la hispánica, católica y espiritualista enfrentada a la anglosajona, protestante y materialista; en este sentido, adquirió rasgos antiimperialistas contra las pretensiones inglesas y norteamericanas en América. No obstante, no era el único enemigo: este hispanismo fue también antiliberal, antidemocrático, anticomunista, antiindigenista. Por último, al pensar esa gran familia hispánica no percibía una relación de paridad entre España y América sino una primacía de la primera sobre la segunda: es así como De Maeztu diferenciaba entre hermanos mayores y menores.⁵

Luego de un breve hiato histórico, el de la II República, que separó a la dictadura primorriverista de la Guerra Civil española, el hispanismo reaccionario recuperó impulso. En 1934, De Maeztu publicó *Defensa de la Hispanidad*. Esta obra se convertiría en el referente

⁵ De Maeztu, Ramiro. *Defensa de la Hispanidad* (1934), Madrid, Rialp, 1998.

de todo hispanista en los años '30,⁶ consagrada luego de que el clérigo español Isidro Gomá Tomás brindara en Argentina un discurso apologético de ella y reconociera a De Maeztu la autoría del término *hispanidad*.⁷ No casualmente el discurso fue pronunciado el 12 de octubre de 1934 en conmemoración del Día de la Raza y en el marco del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Buenos Aires. En 1936, al inicio de la Guerra Civil, el fusilamiento de De Maeztu y de otros referentes del pensamiento reaccionario español afines al hispanismo reaccionario como José Antonio Primo de Rivera, sumado a la dinámica misma de la contienda, profundizó aun más el atractivo por dicho modelo ideológico para las derechas americanas y española. La derecha argentina encontró así un recurso que le permitía tomar posición ante la guerra y manifestar expresamente sus simpatías por el régimen franquista. Luego, el triunfo del bando nacional convirtió al hispanismo en una pieza clave del nuevo régimen. Nuevamente la hispanidad fue el fundamento teórico de la política exterior española en América. No obstante, esta vez la fuerte influencia ideológica del fascismo, la promoción de los regímenes autoritarios europeos y las exigencias coyunturales de la Segunda Guerra Mundial lo harán discursivamente más beligerante, más afincada en la idea de “imperio”, más vertical y jerárquico y con pretensiones imperialistas que oscilaron desde una presencia espiritual y cultural hasta expresiones de verdadero irredentismo.

Una vez en el poder, las fuerzas que componían el franquismo pugnaron por el control de la propaganda y la penetración cultural e ideológica en América dando lugar a conflictos sobre el modo de entender el hispanismo y de intervenir en el escenario cultural americano. En tanto que el régimen intentó controlar la situación mediante órganos oficiosos como Acción Española y publicaciones como *Orientación Española*, Falange Española, por su parte, a través de sus órganos exteriores promovió su propia acción. Esto generó múltiples tensiones entre los órganos del gobierno español y algunos exponentes falangistas en Argentina, que buscaban promover un control vertical sobre las comunidades de inmigrantes españoles como punto de partida para su acción. La propaganda y la penetración cultural e ideológica se convirtieron en un espacio de confrontación incluso al interior del franquismo, al que luego se sumaron también las voces de los intelectuales americanos.

A partir de 1940 la creciente influencia del falangismo en el régimen español hizo que el modelo hispanista adquiriera un tono cada vez más imperialista, más agresivo y menos

⁶ En Argentina, previo a los años '30, el referente hispanista conservador más destacado fue Manuel Gálvez, intelectual afín a las ideas tradicionalistas-católicas y simpatizante del régimen primorriverista.

⁷ En rigor, fue Zacarías de Vizcarra el primero en acuñarlo.

tolerante. Éste se consolidó luego de la creación del Consejo de Hispanidad en noviembre, organismo que fue un “reducto de la elite falangista”⁸ y un medio institucionalizado de penetración y afirmación del dominio español en la región, y con el nombramiento del falangista Serrano Suñer,⁹ “el cuñadísimo”, como Ministro de Asuntos Exteriores de España. Ambas medidas anunciaban que el franquismo había sido permeado por el fascismo y se acercaba a las potencias del Eje, especialmente a la Alemania nazi. No casualmente en junio de 1940 Hitler agradeció la postura de la prensa española y señaló la importancia de una política de coordinación propagandística entre España y Alemania en Latinoamérica.¹⁰

Esta política exterior española cambiaría de signo sólo después de 1942, cuando el régimen franquista percibiera la derrota del Eje y comenzara a distanciarse de éste.

El hispanismo en la Argentina

En Argentina la Guerra Civil española redefinió el vínculo con España. La derecha argentina simpatizó desde un primer momento con la causa franquista, vista como modelo político, social y cultural. La identificación con el franquismo fue el motivo por el cual el modelo hispanista reaccionario se convirtió en parte integral del pensamiento doctrinario de muchos nacionalistas-católicos argentinos. Existieron en el país numerosas experiencias culturales que asumieron este modelo. Algunas provenientes de las comunidades de emigrados españoles, como la publicación *Por ellos*, impulsada por un grupo orgánicamente vinculado al franquismo¹¹, y otras surgidas del nacionalismo-católico argentino, como *Ortodoxia*, editada por los Cursos de Cultura Católica; *El Fortín*, vocero de la Liga Republicana; *Nueva Política*, dirigida por el prestigioso intelectual Marcelo Sánchez Sorondo; *Sol y Luna*, entre otros. No obstante, la entusiasta adhesión al modelo hispanista promovido por el franquismo comenzó a resquebrajarse hacia los años '40. La alteración de la política exterior española en esos años resonó negativamente en algunos sectores políticos y culturales de América.

⁸ Eduardo González Calleja, “El Hispanismo autoritario español y el movimiento nacionalista argentino: balance de medio siglo de relaciones políticas e intelectuales (1898-1946)”, en *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXVII, n° 226, 2007, p. 630.

⁹ Serrano Suñer fue uno de los referentes políticos del franquismo. Su postura germanófila lo llevó a aplicar políticas de corte totalitario en el estado español y a promover un acercamiento al Eje y al nazismo durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial.

¹⁰ Cristian Buchrucker, *op. cit.*, p. 190.

¹¹ Jorge Saborido, “Una avanzada franquista en la Argentina: la revista *Por ellos* (1937)”, en *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de La Pampa* n° 7, 2006, pp. 71-82.

Estos cambios llevaron a algunos intelectuales argentinos a plantear ciertas objeciones al modelo, defender sus intereses nacionales y manifestar su rechazo por las nuevas formas y pretensiones españolas. A esta situación se sumaron la crítica de la prensa liberal y de los emigrados republicanos en Argentina, que acusaban a la derecha y en especial a los nacionalistas de plegarse a los modelos políticos extranjeros, y la decisión del gobierno argentino, bajo las gestiones de Roberto Ortiz y de Ramón Castillo, de perseguir y combatir la penetración ideológica y propagandística totalitaria y extranjera en Argentina a través de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas creada en 1941.¹² Si bien estas medidas afectaron principalmente a los organismos nazis, también perjudicaron a España. Creemos que esto pudo haber contribuido a que los nacionalistas argentinos hayan asumido una posición más cauta y más crítica de asimilación de estas ideas.

El caso de *Sol y Luna*

Sol y Luna constituyó una de las experiencias culturales más destacadas del período que tomó al hispanismo como parte de su ideario. Esta publicación constó de diez ejemplares, publicados en un rango temporal de cinco años, desde 1938 hasta 1943. La revista era financiada, con la excepción del número uno, principalmente por fondos de organismos públicos, aunque tampoco debe minimizarse el aporte de empresas privadas. Fue editada por la firma Francisco Colombo, que le garantizó estilo, belleza estética y una cuidada impresión,¹³ complementada con la calidad intelectual de sus colaboradores, identificados por su firma excepto en las presentaciones, y con la presencia de grabados, imágenes y representaciones simbólicas en relación directa con lo textual que embellecían aun más el producto. Su dirección estaba a cargo de Juan Carlos Goyeneche, acompañado alternativamente por Mario Amadeo e Ignacio Anzoátegui; José María de Estrada, por su parte, ocupaba el cargo de secretario de redacción. Sólo a partir del número 7 la composición de la revista se modificó, agregándose un consejo de redacción integrado por el propio Anzoátegui, Alberto Espezel, Santiago de Estrada, Máximo Etchecopar, Leopoldo Marechal, Mario Mendióroz y César Pico. En cuanto a los autores, se destacaron intelectuales

¹² Si bien Castillo cederá ante las presiones de la opinión pública liberal al permitir el funcionamiento de dicha comisión, su política lo aproximaba al nacionalismo local y a las potencias fascistas. El Estado argentino resistió por entonces la ruptura de las relaciones diplomáticas con el Eje promovida por Estados Unidos, que sólo se consumaría tras el golpe de Estado de 1943.

¹³ Emilia De Zuleta, "Sol y Luna" en *Relaciones literarias entre España y la Argentina*, Madrid, Editorial Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983, p. 147.

nacionalistas y/o católicos argentinos como Juan Carlos Goyeneche, Mario Amadeo, Cesar Pico, Leopoldo Marechal, Ignacio Anzoátegui, Máximo Etchecopar, Santiago y José María De Estrada, Marcelo Sánchez Sorondo, Juan P. Ramos, Roberto de Laferrère, Nimio de Anquín, Federico Ibarguren, Rómulo Carbia, Juan Sepich, Julio Meinvielle¹⁴; y colaboradores extranjeros como Réginald Garrigou-Langrage, Gino Arias, José María Pemán, Eugenio Montes, Juan José López Ibor, Manuel Díez Crespo, Rafael Duyós, entre otros.¹⁵

La publicación tenía una estructura estable: presentación; corpus central, que podía integrar ensayos doctrinales, textos académicos, producciones poéticas e imágenes iconográficas y fotográficas (en general, como complemento del texto contiguo), entre otros; y secciones especiales destinadas a fines estéticos y literarios. Estas últimas quedarán fuera de nuestro análisis.

El hispanismo fue una de las bases doctrinales del pensamiento de *Sol y Luna*, presente en todos los números que la componen. La referencia al elemento *hispanico* apareció de diversas formas: revisiones históricas del pasado (principalmente de los períodos de la España medieval y colonial y del desmembramiento imperial), reflexiones en torno al ser español y a las raíces hispánicas de América Latina, y análisis de la relación entre España y América como partes de la hispanidad. Asimismo, debe agregarse la convocatoria a intelectuales españoles, la presencia de iconografías que remitían a la época dorada española de los siglos XVI y XVII y las citas o menciones a De Maeztu y Menéndez y Pelayo.

Esta recepción y manifestación del ideario hispanista estuvo fuertemente ligada al posicionamiento que *Sol y Luna* asumió ante la Guerra Civil española y el franquismo, acontecimiento que por cierto fue estímulo para la aparición de la misma. La recuperación y el reconocimiento de las raíces hispánicas por parte de los pueblos americanos coincidía para estos intelectuales con el momento en el que tenía lugar “el magnífico renacimiento de España”,¹⁶ luego de que el franquismo triunfara en la guerra, de modo tal que la Argentina y América volvían a posar sus ojos en España “en el momento que España vuelve a ser fiel a sí misma”. Esta argumentación permitía a estos intelectuales afirmar que “al solidarizarnos con la nueva y eterna España, no dábamos en un “capricho español”,¹⁷ “ni siquiera en un

¹⁴ Meinvielle además de colaborador será censor eclesiástico de la publicación (Loris Zanatta, *Del Estado Liberal a la nación católica*, Bernal, Universidad de Quilmes, 2005, p. 279).

¹⁵ De Zuleta, *op cit*, p. 150.

¹⁶ Esta y las siguientes citas remiten a “Presentación”, en *Sol y Luna* n° 3, 21/10/1939.

¹⁷ La revista denuncia que la acusación de haber incurrido en un *capricho español* al manifestar simpatías por el franquismo procedió de la revista *Sur*, “Presentación”, en *Sol y Luna* n°3, 21/10/1939, p. 8.

‘improptu’ sino que continuábamos una tradición”. América volvía a reencontrarse con sus raíces hispánicas y por ello se afiliaba al franquismo, representativo de la España genuina. La Guerra Civil española era el acontecimiento en el que se “ha puesto al descubierto, en una y otra parte, las raíces más profundas del hombre español.”¹⁸ La contienda constituía un mecanismo de purificación por el cual el hombre español era asociado con la causa de los *nacionales*, razón por la cual debía festejarse su resultado.¹⁹

El franquismo y España se tornaron sinónimos para *Sol y Luna*. Los *nacionales* y luego el franquismo representaban a la España verdadera. La confrontación entre nacionales y republicanos se traducían para la revista en la división entre españoles y “antiespañoles”. La hispanidad solo podía restaurarse a través del contacto con esa España. Como diría Montes, esa unidad hispánica, a su vez, constituía un sistema de valores espirituales forjado casi simultáneamente a los dos lados del Atlántico.²⁰ Lo que se pregonaba era la existencia de ese imperio espiritual y formas de vida afincadas en la cultura, la lengua, la religión y la raza que debían restablecerse a través del contacto con la España genuina.

Pero, ¿qué España representaba el franquismo? Franco era presentado²¹ como “la encarnación de la grandeza de su pueblo”²² y a su vez como un personaje al servicio de Dios y de la Iglesia, y como tal, protegido providencialmente. Esta última imagen se complementaba con la de caballero cruzado: “Y la iglesia recibe la espada del Caudillo, porque la espada es la afirmación heroica de la Cruz”. Esta representación fue reforzada por dos elementos más: una imagen de Cristo a caballo con una bandera de cruzado en una mano y una espada en la otra, y un fragmento de un texto del siglo XV, *Victorial de Caballeros*, de Gutierre Díaz De Gámez, en el que se expresaba el deber ser de un caballero cristiano. En sintonía, Pico presentaba a Franco en el número siguiente, reproduciendo las palabras del Santo Pontífice, como “caudillo benemérito de la cristiandad.”²³

Además, el apoyo de la revista no se dirigía sólo al caudillo sino también a una de las fuerzas que componen su movimiento: el falangismo.²⁴ De hecho, el artículo “Oración de

¹⁸ Juan José López Ibor, “El Hombre Español”, en *Sol y Luna* n°3, 21/10/1939, p. 15.

¹⁹ Esto se refleja en el poema “Triunfo”, de Manuel Díaz Crespo, donde exaltaba románticamente la victoria del bando nacional (en *Sol y Luna* n° 4, 30/05/1940, pp. 50-53).

²⁰ Eugenio Montes, “De Granada a Rocroy”, en *Sol y Luna* n° 1, 26/11/1938, pp. 62-63.

²¹ Apartado sin título, autor y paginación, en *Sol y Luna* n° 2, 06/06/1939.

²² El pueblo español es representado en el mismo número en un apartado que lleva por título “Dice el caudillo” como un pueblo que debe ser guiado a la libertad del imperio para la gloria de Dios y de la Iglesia.

²³ César Pico, “Totalitarismo”, en *Sol y Luna* n° 3, 21/10/1939, p. 77.

²⁴ “Detrás España espera, el milagro falangista de la primavera”(Ignacio Anzoátegui, “El Almirante”, en *Sol y Luna* n° 5, 22/11/1940, p. 106).

guerra”²⁵ caracterizaba a un soldado falangista con la misma imagen que se pretendía construir de Franco, la de un caballero cruzado. En este sentido, el falangismo era identificado no sólo con la causa franquista sino también con la España verdadera, caballeresca y principalmente cristiana.

La España franquista representaba entonces a la España católica, entendida como parte integral y esencial de la tradición española, aunada sustancialmente a una causa sacra -la de la Iglesia, la de Dios-, es decir, a una misión providencial, universal y trascendente: la evangelización y salvación de todas las almas.²⁶ Por otro lado, esta identificación entre España y el catolicismo se reforzaba en la presentación del número 3, en el que la filiación de *Sol y Luna* con la hispanidad era vinculada a la fidelidad a la Madre Patria y a las raíces originarias de la nación, pero también a los principios católicos. España, hispanidad y catolicismo constituían así partes de una misma unidad espiritual. En este sentido, no es casual que la revista haya escogido a un historiador de renombre, riguroso de método, como Carbia²⁷ para delegar el rol de abogado defensor de la obra de España y de la Iglesia en territorio americano. Éste denunció las falacias y difamaciones que los protestantes hugonotes habrían creado durante el siglo XVII a partir de la deformación de la obra de Bartolomé de las Casas para desprestigiar la causa de España y de la Iglesia. Carbia advertía que, más que una defensa de España, la suya era una defensa de la Iglesia. No obstante, ambas estaban implicadas en una misma misión, dado que una bula papal de 1493 había donado a España las tierras americanas para defender la fe católica y promover allí la doctrina de la Iglesia.

En este contexto, la España idealizada era la España imperial y evangélica, es decir, la España de los siglos XVI y XVII, la del descubrimiento y la conquista, la espiritualista, mística y católica. Con respecto a lo primero, Sánchez Sorondo²⁸ exaltó e idealizó la imagen del glorioso imperio español, presentándolo como un producto combinado de la medula romana imperial y de la misión evangélica universal. Este habría logrado la unidad espiritual y de destinos entre los pueblos americanos y España, una unidad atravesada por una ley dialéctica de acercamiento y distanciamiento según los tiempos: “[España] viene a buscarnos

²⁵ “Oración de guerra”, en *Sol y Luna* n° 5, 22/10/1940, p. 121-122.

²⁶ López Ibor, art. cit., pp. 33-34

²⁷ Rómulo Carbia, “La Iglesia en la ‘Leyenda Negra’ hispanoamericana”, en *Sol y Luna* n° 2, 06/06/1939, pp. 53-60.

²⁸ Marcelo Sánchez Sorondo, “Dialéctica del imperio”, en *Sol y Luna* n° 1, 26/11/1938, pp. 107-118.

y quiere que nosotros la busquemos”²⁹, y esto se hacía “en su esencia”. Como señalaba Goyeneche: “Otra vez llega España ante nosotros; lo hace ante el amparo de la Cruz.”³⁰

Esta España evangélica, colonial e imperial era la España de la reconquista, la de los reyes católicos, la de Carlos I y Felipe II. La evangelización y la colonización constituían según la revista *Empresas Españolas*, de ahí el esfuerzo de Anzoátegui por españolizar la figura de Cristóbal Colón e idealizar la conquista como una obra espiritual cristiana.³¹

Por otro lado, se buscaba restaurar un orden de jerarquías naturales basado en la hidalguía, esperanza que la revista depositaba en el franquismo, que velaría por el retorno a un orden armónico y equilibrado,³² en el cual la hidalguía era presentada como una forma de nobleza ejemplar.³³ Producto de los principios y costumbres medievales, ésta estaría basada en obligaciones por linaje, virtudes esenciales (la prudencia, la justicia, el sosiego y la caridad), buenas obras y una dimensión espiritual asociada a una misión de fe y salvación. Sólo la hidalguía permitiría el acceso a una igualdad esencial, que más que un beneficio sería una responsabilidad. Se trataba entonces de una sociedad jerárquica que debía ser respetada. Los hidalgos eran, reproduciendo una cita de la *Crónica de Don Pero Niño*, “hijos del bien e hijos de aquel linaje bueno”.³⁴ Se creaba así el mito de la existencia de un linaje elitista, dueño de la verdad, noble de comportamiento, que se diferenciaba del resto de la sociedad. Este análisis desestimaba otras formas de nobleza como el *gentleman* inglés, el *gentilhomme* francés, el *junker* prusiano, entre otros, y principalmente desafiaba las categorías sociales modernas como las de burguesía y proletariado, constituidas sólo a partir de una variable económica.

La existencia de un linaje de elite y de una Verdad Absoluta, emanada de Dios, de la cual se era dueño, resulta compatible con la matriz filosófica en la cual se sustentaba la revista, que muchos de sus participantes adquirieron de los Cursos de Cultura Católica: el aristotelismo-tomista, fundamento teórico de la sociedad medieval. De allí se desprende el porqué de la idealización de la España de ese período.

²⁹ Sánchez Sorondo, art. cit., p. 116.

³⁰ Juan Carlos Goyeneche, “Eugenio Montes”, en *Sol y Luna* n° 1, 26/11/1938, p. 57.

³¹ Anzoátegui, “El Almirante”, art. cit.

³² En el poema “El emperador vuelve del destierro”, sin hacer mención explícita a la guerra española ni a Franco, se dice “era la tierra que se vestía de guerra para restaurar el sentido de las cosas” (en *Sol y Luna* n° 2, 06/06/1939, p. 31).

³³ Alfonso Valdecasas, “El Hidalgo”, en *Sol y Luna* n° 10, 28/05/1943, pp. 11-43.

³⁴ *Ibíd.*, p. 15.

La España que se pretendía reconstruir a través del franquismo, pensada a partir del legendario modelo imperial medieval, debía adoptar-como proponía Pico- la forma de un fascismo no totalitario que permitiría paralela y equilibradamente el encuadramiento del individuo y el respeto de la dignidad y del espíritu de la persona. Se diferenciaría así de los totalitarismos de Rusia, de Italia y de Alemania, según la clasificación de Jacques Maritain, y también del totalitarismo democrático. En este marco, el franquismo representaba un modelo alternativo. Este planteo resulta significativo si tenemos en cuenta que algunos historiadores han intentado vincular a *Sol y Luna* con el nazismo, en forma exagerada.³⁵ El franquismo era presentado como un modelo distinto del nazismo y las distancias entre ambos eran valoradas por destacados miembros y colaboradores de la revista.

Una vez definida España en el esquema de la hispanidad, tocaba el turno de América. Santiago De Estrada proponía que el descubrimiento, la conquista y la evangelización habían sido los tres acontecimientos que dieron lugar al ingreso de los pueblos americanos en la historia universal.³⁶ De ese modo y a partir de ese momento, América quedaba ligada a la Cruz, a la religión católica, al sentido imperial y al espíritu de España, dando lugar a una unidad espiritual cuya extensión abarcaría todos los territorios bajo control de la Corona española. Esto permitía a De Estrada afirmar que la historia argentina no era más que una rama de la historia hispánica contenida en el marco de la historia universal. La Argentina debía restablecer su vínculo con su origen, con lo hispánico. Este planteo sacó a la luz uno de los rasgos más reaccionarios del modelo hispanista de *Sol y Luna* dado que, por un lado, negaba la historia de los pueblos originarios precolombinos y, por otro, la anulaba como parte de la identidad nacional local. Argentina debía verse en el espejo de la hispanidad y por ende de su mentor, España, y no así en los pueblos indígenas. En el mismo esquema lógico, se planteaba que la afiliación al hispanismo implicaba ser fiel “a nosotros mismos en nuestra raíz original, y en lo que por gravitación de la sangre y del espíritu español, llevamos de español”.³⁷ Era la ley dialéctica de la Historia la que había enlazado de una vez y para siempre los destinos de América y España, especialmente “el impulso vigoroso que clavó la Cruz en la Alhambra y la clavó en América.”³⁸ Se proponía así el encuentro entre la nueva

³⁵González Calleja, *op. cit.* Vale aclarar que esta exageración es producto de la centralidad que se le da a una afirmación de Pemán en el artículo “Correspondencia. Pasemos a la escucha”, en *Sol y Luna* n° 4, 30/05/1940, pp. 84-93.

³⁶ Santiago De Estrada, “Sobre Historia”, en *Sol y Luna* n° 1, 26/10/1938, pp. 125-131.

³⁷ “Presentación”, n° 3, art. cit., p. 7.

³⁸ Goyeneche, art. cit., p. 58.

generación española y la nueva generación argentina, ligadas en una unidad de espíritu, de valores, de destino, de formas de vida y de ser en un entramado supranacional y católico. Como diría Ibarguren, “los americanos quedaron en las leyes y espiritualmente incorporados a España y a la cristiandad romana.”³⁹

Ahora bien, la necesidad contemporánea de restauración de ese orden imperial medieval y de esa unidad espiritual transoceánica llamada hispanidad implicaba reconocer la existencia de un período de extravío y ruptura que debía superarse, para estos intelectuales abarcaba los siglos XVII y XVIII, es decir, los siglos de la transición a la modernidad. De ahí que los enemigos de la publicación fueran el racionalismo, el romanticismo, el liberalismo, el cientificismo, el comunismo, “el totalitarismo”, el secularismo, el kantismo, el hegelianismo, la democracia. En rigor, los paradigmas modernos habrían provocado la ruptura de la España genuina. Así, Sánchez Sorondo ubicaba el momento de la ruptura en el ascenso de la dinastía borbónica al trono español, más específicamente en el reinado de Carlos III,⁴⁰ que habría provocado la crisis de la monarquía imperial. Por su parte, Montes⁴¹ analizaba la caída española en función del quiebre de su cultura literaria en el siglo XVII: la obra de Cervantes era presentada como el punto de inflexión hacia el derrumbe y Quevedo como el anuncio del fin. A su vez, Santiago De Estrada⁴² denunciaba ya no los siglos XVII y XVIII sino las perturbaciones que el liberalismo habría producido en territorio español durante la primera mitad del siglo XIX. Estas nuevas ideas que permeaban las instituciones estatales españolas serían la causa del distanciamiento entre americanos y españoles. En tanto que España experimentaba su marcha hacia ideas contrarias al rey, los americanos, por su parte, se dividían entre liberales y conservadores, ambos atraídos por la idea de construir una patria particularista. Los primeros convencidos por los nuevos valores e ideas, los segundos temerosos y fieles al rey, evitando el contagio de esas mismas ideas. Estas divisiones y conflictos sería el motivo del desmembramiento. La hispanidad corría peligro del mismo modo que el sentido histórico de España en su misión universalista. En el mismo sentido, Ibarguren⁴³ pretendía justificar la independencia política argentina indicando que la decisión de romper el lazo con la Madre Patria coincidía con el ascenso de los Borbones. Las

³⁹ Federico Ibarguren, “La tradición hispanoamericana en nuestra emancipación política” en *Sol y Luna* n° 3, 21/10/1939, p. 105.

⁴⁰ Sánchez Sorondo, art. cit.

⁴¹ Montes, art. cit.

⁴² Santiago De Estrada, “Y la casa fue destruida”, en *Sol y Luna* n° 5, 22/10/1940, pp. 44.56.

⁴³ Ibarguren, art. cit, pp. 99-123.

revoluciones hispanoamericanas, lejos de buscar la ruptura con España, se habrían alzado en defensa de la tradición, amenazada por los nuevos aires que recorrían la Península. La reacción criolla no habría sido ofensiva y contraria a España sino conservadora. La fiebre liberal de principios del siglo XIX empeoraría aun más la situación, de modo tal que el retorno al trono de Fernando VII ya no era suficiente para recomponerla. Los intelectuales de la revista se interesaban así por proteger el vínculo entre América y España y explicar racionalmente el motivo de la ruptura política -no espiritual- que habría caracterizado a las revoluciones independentistas hispanoamericanas.

La ruptura política entre americanos y españoles habría dado lugar a la aparición de múltiples naciones balcanizadas. No obstante, para *Sol y Luna* no implicaba la disolución de la hispanidad, dado que el lazo espiritual entre estos pueblos se había preservado. En este sentido, si bien España había perdido su supremacía temporal, conservaba su grandeza trascendental,⁴⁴ puesto que “la voz auténtica de la hispanidad nunca enmudeció del todo en nuestra tierra, ni aun en el siglo de los feos coroneles liberales”.⁴⁵ Adscribir a la “España eterna” no era ceder a un capricho español sino una manifestación de fidelidad a su tradición, a ese espíritu trascendente.

Replanteando el lazo entre Argentina y España

Hemos visto que el hispanismo promovido por los órganos estatales franquistas proponía un modelo de comunidad en el que España debía ser el conductor y que su rol adquiriría un tono cada vez más penetrante, agresivo e imperialista a medida que el falangismo permeaba las estructuras y el discurso del régimen. Esto llevó a *Sol y Luna* a adoptar un posicionamiento crítico, que se expresó a través de dos medios complementarios. Por un lado, si bien adoptó las banderas hispanistas como propias y constitutivas de la nacionalidad, no renunció a exaltar su autonomía frente a España. La revista, en contra de toda absorción española, reivindicó paralelamente la pertenencia a la comunidad hispánica y a la nacionalidad argentina, buscando una síntesis y articulación entre ambas. Por otro lado, también replanteó la relación jerárquica entre España y América en el marco de la hispanidad, matizando la supremacía de la primera.

Con respecto a la exaltación de la pertenencia a la nacionalidad argentina y la búsqueda de su compatibilización con el hispanismo, en su definición no se diluía en lo

⁴⁴ Sánchez Sorondo, art. cit., p. 118

⁴⁵ Esta cita y las siguientes remiten a “Presentación”, n° 3, art. citado.

hispanico: “porque no renegamos de España tenemos el derecho de llamarnos argentinos, y argentinos antirenegados. La nuestra no es una hispanofilia sino una hispanofiliación”. La filiación con lo hispanico se realizaba desde la pertenencia a lo argentino, y por lo tanto, la voluntad de acción como argentinos los asociaba a la hispanidad y a la valoración de ésta como su raíz de origen. Goyenche decía reproduciendo una cita atribuida a un “escritor nuestro”: “Tenemos una manera peculiar de ser españoles que ha cambiado de nombre y se llama ser argentinos”. Ser argentino era una forma especial de ser español, de modo tal que la nacionalidad local no debía evaporarse en la adscripción a lo hispanico. Nacionalismo e hispanismo se sincretizaban en un mismo entramado de ideas. En el artículo de Goyeneche los límites a España eran claros, la cita anterior completaba: “Continuamos la historia de España aquí en América al mismo título que los habitantes de la península la suya (...) Pelayo esta a la misma distancia de unos y de otros”.⁴⁶ La hispanidad estaba a la misma distancia de Argentina que de España: España no era más hispanica que América, y por ende, no debía arrogarse el título de conductor de la comunidad.

A partir de 1940 el planteo se tornó más explicito. En ese año el franquismo dio mayores espacios institucionales al falangismo y el hispanismo adquirió aristas cada vez más agresivas. En este contexto, la revista –paralelamente- exaltó aún más su posición nacionalista y matizó un hispanismo de estas características. La revista conceptualizó a la hispanidad como un triangulo de tres vértices, unidos en un sola verdad, un solo idioma y un solo destino.⁴⁷ Cada vértice era ocupado por un país: México, España y Argentina. En tanto que México representaba la militancia católica y España la caridad, Argentina era la esperanza. Por un lado, se observa un esfuerzo por presentar a la hispanidad como una relación de paridad entre estos tres estados, rompiendo con la idea de una conducción española. Esta interpretación se refuerza hacia el final de la presentación, en la que aparecían tres coronas reales que representan a cada estado, dispuestas simétricamente y a igual distancia de una estrella de seis puntas que pendía sobre ellas. Sin embargo, no debemos pasar por alto que la Argentina representaba en este esquema el futuro, la esperanza del porvenir, lo que la ubicaba en una posición de dirección invirtiendo el modelo hispanista promovido por el régimen español.

Paralelamente Pemán, referente de la derecha española, replanteaba el lugar que España y América debían ocupar en la hispanidad, entendida como una “gran cooperativa de

⁴⁶ Goyeneche, art. cit., p. 61.

⁴⁷ Esta cita y la siguiente remiten a “Presentación”, en *Sol y Luna* n° 4, 30/05/1940, p. 10.

espíritu y cultura”, y proponía “pasemos a la escucha”.⁴⁸ Si España le había marcado el camino a América en los siglos de la conquista y de la evangelización, en el presente “pueblos nuevos, empiezan a darnos atisbos magníficos y fuerzas de impulsión y lógicamente nos irán dando cada día más, en la medida en que el problema actual de España y del mundo, es superar el viejo orden europeo y buscar soluciones para el reajuste de la vida sobre postulados más puros”.⁴⁹ Pemán sostenía que en América, lejos de producirse -como en Europa- movimientos de reacción nacionalista e imperialista a los que se adosaron posteriormente principios católicos, los principios cristianos se articularon con instrumentos y estilos fascistas dando lugar a experiencias más puras. España, como parte integral de Europa, estaba expuesta a “mimetismos demasiado europeos e inmediatos”.⁵⁰ Esto implicaba riesgos, como el irredentismo. Desde América era posible construir un estado fascista más puro, sin “una Etiopía que conquistar, ni un Túnez que recordar ni una Austria que absorber”.⁵¹

Por otro lado, el posible temor a la pérdida de autonomía puede haber sido el motivo por el cual la revista publicó una mayor cantidad de producciones destinadas a reivindicar las raíces locales y autóctonas de la nacionalidad, a reflexionar sobre problemáticas nacionales y a dedicar espacio a personajes considerados hitos de la historia argentina. Así, Roberto de Laferrère reivindicó la figura del gaucho como componente imprescindible de la nacionalidad argentina. Si bien era presentado como descendiente de los conquistadores, y por ende, vinculado a las raíces hispánicas, era a la vez un hombre del campo argentino, criado en el seno de la cultura pampeana. La obra de José Hernández recuperaba ese elemento nacional: “Su poema restaura la imagen adulterada del gaucho, del argentino de los campos y le devuelve su brillo propio”,⁵² arremetiendo contra quienes “decretaron que el argentino no podía ser la base de la argentinidad”. El gaucho era la representación genuina del argentino, caracterizado como el gaucho cantor,⁵³ como un valiente ante el peligro, un ser independiente, un poeta, sencillo, sensible, de emoción belicosa, de solidaridad humana, de piedad, de aptitud para comprender y admirar, de hábito de reflexión, de pudor y dignidad, de valor moral, de sacrificio y resignación ante el infortunio, de rechazo al individualismo, de acatamiento de la autoridad y a las jerarquías, respetuoso del caudillo. En definitiva un

⁴⁸ José María Pemán, Op. Cit.

⁴⁹ Ibid, pp. 85-86

⁵⁰ Ibid, p. 88.

⁵¹ Ibid, p. 91.

⁵² Esta y la siguiente cita remiten a Roberto De Laferrère, “A propósito del Martín Fierro”, en *Sol y Luna* n° 6, 22/07/1941, pp. 74-75 y 77.

⁵³ Héctor Basaldúa, “Martín Fierro”, en *Sol y Luna* n° 6, 22/07/1941, p. 66.

gaucho compatible con el ideario de *Sol y Luna*. Lo gaucho como elemento nacional y local hacía del Martín Fierro no sólo un “lamento del gaucho abandonado y paria”⁵⁴ sino también un “canto lleno de patriotismo”. No es casual que este artículo permitiera introducir reflexiones sobre temas clásicos utilizados por el primer nacionalismo cultural argentino, por Manuel Gálvez y Leopoldo Lugones, como la oposición entre lo argentino y lo extranjero, lo ajeno, el inmigrante.

A su vez, detrás del gaucho se encuentra el caudillo, que De Laferrère presenta como el símbolo de la resistencia nacional. Este planteo permite el entronque de la revista y de su labor de revisión histórica con la empresa revisionista nacional que los hermanos Irazusta iniciaran en los años ‘30 y que tendría como personaje central a Juan Manuel de Rosas, tan vapuleado por la historiografía liberal. Éste era exaltado por el revisionismo como un símbolo de la nacionalidad, de la tradición, de la soberanía frente a los liberales que habrían intentado hipotecar el país. *Sol y Luna*, una experiencia nacionalista-católica de tendencia hispanista, se articulaba así con empresas nacionalistas que buscaban exaltar lo argentino frente al imperialismo extranjero y a los agentes locales a su servicio. En la revista la figura del caudillo bonaerense tampoco era reivindicada siempre en tanto restaurador de lo hispánico sino como expresión genuina de la cultura, del folklore y del campo argentino.⁵⁵ La definición de la Argentina también se encontraba contenida en el folklore de las pampas, asociada a lo rural, a la imagen vanagloriada y mítica de la Argentina como “el granero del mundo” tan en boga a principios del siglo XX.⁵⁶

Las reflexiones sobre lo argentino también aparecían vinculadas a problemáticas que afectaban a la realidad local, como la democracia, presentada en contradicción con la tradición argentina fundada en el aristocratismo y la jerarquía de razas. En tiempos de la dominación española, un grupo preponderantemente europeo, a partir de sus cualidades superiores, habría asumido la conquista y subyugado a los pueblos establecidos. La Argentina era un país aristocrático como herencia de su tradición. Incluso el rosismo se justificaba como un gobierno de elite con apoyo popular que resumió las condiciones de la civilización española y cristiana. Si bien lo argentino estaba ligado a la cultura, a la tradición y a la misión española, el actor principal era la aristocracia criollo-hispánica, y por ende, argentina. Lo hispánico era sólo el componente genealógico que definía la esencia del ser argentino.

⁵⁴ Esta y la siguiente cita remiten a De Laferrère, art. cit., p. 91.

⁵⁵ Ignacio Anzoátegui, “Poema de Juan Manuel de Rosas”, en *Sol y Luna* n° 7, 07/04/1942, pp. 56-59.

⁵⁶ Basilio Uribe, “De las espigas”, en *Sol y Luna* n° 6, 22/07/1941 pp. 131-132.

Otra forma de exaltación de la nacionalidad local fue la apelación a una figura destacada de la cultura y de la historia argentina: José Manuel Estrada,⁵⁷ referente de la defensa de los valores cristianos en el escenario de la Argentina laicista de fines del siglo XIX. Estrada no sólo representaba la resistencia originaria del catolicismo argentino frente a la avanzada de ideologías consideradas extrañas y contrarias a la nación sino también una figura ligada genealógicamente a la revista, dado que José María de Estrada y Santiago De Estrada -nietos de José Manuel- formaban parte del cuerpo de colaboradores de *Sol y Luna*. Apelar a su figura implicaba para éstos también reclamar su herencia. Se trataba de una estrategia de la revista de mimetismo y legitimación por línea genealógica.

Para Pico⁵⁸ la hispanidad era una unidad supranacional, extrajurídica, que contemplaba nacionalismos regionales, y sometida a leyes naturales; una realidad total, superior a todo antagonismo y una concreción parcial espiritual y misional de un pueblo en un conglomerado histórico más amplio, que articulaba a las naciones hispánicas y que resultaba más trascendente para los americanos que para los españoles, dado que para los primeros representaba el puente entre América y Europa en tanto que para los segundos sólo era un apéndice, una proyección de sí, en otras tierras. En este sentido, para España su comunidad supranacional era Europa, no la hispanidad. De este modo se develaba la importancia que la hispanidad tenía para la América Española: “España tiene todavía sentido despojada de su apéndice transatlántico, porque seguirá implantada en el suelo germinante de Europa. Mas nosotros, sin la convivencia hispánica, nos reduciremos a ser europeos sin Europa, españoles sin España, es decir, un imposible”. Era necesario dar forma a esa unidad espiritual y a una unidad social y política. El modelo que proponía Pico era el de la confederación “sin adjudicar prelación a ninguna de las potencias integrantes”, replanteando así la relación jerárquica. En caso de que España no lo admitiera, Pico llegaría al punto de la amenaza: “Si no lo impidiera el sentimiento filial hasta podríamos desentendernos de la Antigua Metrópoli”. Luego agrega:

“si España se anquilosa en el pasado y no afirma también los valores requeridos por el presente nos veremos constreñidos contra nuestros más profundos sentimientos, a inspirarnos en otros modelos europeos que no se acomodan fácilmente a nuestra estirpe. Podrían a la postre hacernos daño,

⁵⁷ *Sol y Luna* n° 8 estará en gran parte dedicada a este intelectual.

⁵⁸ Esta y las siguientes citas remiten a César Pico, “Hacia la hispanidad”, en *Sol y Luna* n° 9, pp. 115-145.

desfigurarnos y alterarnos, porque sólo las recias naturalezas, las fuertes estructuras vitales, pueden asimilar manjares extraños sin menoscabo de su ser”.⁵⁹

Se le exigía a España que edificara la hispanidad y afirmara los valores que requería el presente. La guerra había alterado su curso, los Estados Unidos intervenían y los Aliados proyectaban su triunfo. Esto llevó a la España franquista a una retirada abrupta, adoptando nuevamente una política de neutralidad e iniciando un proceso de purgamiento de los componentes fascistas que definían al régimen. En cuanto a América, la mayoría de los países latinoamericanos se alineaban con los Estados Unidos frente a la propuesta de unión panamericana y ruptura de las relaciones diplomáticas con el Eje. La Argentina fue uno de los pocos que resistió ambas cuestiones. Pico a través de *Sol y Luna* dejaba entrever la necesidad de organizar un bloque hispánico, que actuara como puente con Europa; caso contrario, se corría el riesgo de deformación dado que sólo quedaba la opción de alienarse con modelos que no se acomodan fácilmente a la stirpe. El número 9 de la revista se vio permeado casi en su totalidad por un hispanismo de cuño antiimperialista y contrario a los Estados Unidos. Se enfatizaba la repulsión por dicho elemento y una comparación maquiavélica entre la colonización inglesa y la española.⁶⁰ Mientras que la primera se explicaba por la vía material, el enriquecimiento y el comercio, la segunda se idealizaba como empresa misional espiritual. De ello se desprendía que “la unidad de América, esa unidad que ahora- illecebris libidi / num multis⁶¹ - se nos quiere imponer es imposible. Nacidas de dos madres patrias, de bien distinto decoro, no puede haber entre las dos Américas otras relaciones que las que cuadran entre Isaac e Ismael”.⁶² Resultaba ridículo pensar una unidad panamericana impulsada por el coloso del Norte. Como respuesta sólo quedaba el hispanismo y el acercamiento coyuntural al Eje.

Conclusiones

Sol y Luna nos ofrece un ejemplo de cómo una revista cultural argentina publicada por un grupo de intelectuales nacionalistas y/o católicos de derecha que adoptó el hispanismo como base doctrinal de su pensamiento se posicionó ante éste en función de sus intereses. Hemos visto también cómo la derecha española durante los años 1920 y 1930 se había

⁵⁹ *Íbid*, p. 140.

⁶⁰ Véase Alberto Espezel, “El Imperio Español”, en *Sol y Luna* n° 9, 15/12/1942, pp. 68-87; Juan P. Ramos, “La cultura española y la conquista de América”, en *Sol y Luna* n°9, 15/12/1942, pp. 29-48; Daniel Sargent, “La Santa María”, en *Sol y Luna* n°9, 15/12/1942, pp. 13-22, entre otros.

⁶¹ Expresión en latín que significa “(de) muchas seducciones o lujuria”.

⁶² “Presentación”, en *Sol y Luna* n° 9, 15/12/1942, p. 9.

apropiado de las ideas hispanistas dándole un contenido reaccionario, asociando el ser español al catolicismo y a España a una misión católica trascendente y universal, que le daba el rol de conductora de la unidad, ocupando una posición jerárquica. Los gobiernos españoles de entonces habían establecido este ideario reaccionario como política exterior en América. El franquismo, aprovechando la movilización que la guerra había provocado en vastos territorios americanos, implementó al hispanismo como instrumento de vinculación con América.

Grupos de derecha argentina, especialmente nacionalistas de derecha y católicos integristas, adoptaron el modelo como ideario propio. El hispanismo se convirtió así en un medio de legitimación para los pueblos hispánicos y sus grupos de derecha que querían filiarse con la causa del bando nacional y con el régimen franquista. En 1938, al calor de un final previsible de la guerra en favor de *los nacionales*, *Sol y Luna* editó su primer número, dedicado a reflexionar sobre las relaciones culturales, esenciales, políticas e históricas que unían a americanos y españoles. Posteriormente, consagró espacio a pensar el ser español, la historia hispánica y su vinculación con la causa católica, declarando formalmente su filiación con el hispanismo y justificando su solidaridad con la nueva y eterna España,⁶³ encarnada en la figura de Franco. Un reencuentro con esa España permitiría combatir al orden moderno en decadencia, apóstata, basado en ideologías extrañas que dañaban la tradición con valores, instituciones y verdades falsas.

A su vez, la filiación con el hispanismo le permitía posicionarse ante un movimiento fascista que oscilaba entre el encuadramiento del individuo y el respeto de la dignidad de la persona y del espíritu. La revista, a través de algunos de sus más importantes productores y colaboradores, se mantuvo distante de las experiencias totalitarias europeas, siendo su modelo el franquismo. Sólo las urgencias de la guerra y las presiones norteamericanas la llevaron coyunturalmente a amenazar a España con una ruptura, exigiéndole formar una unidad hispánica que funcionara como puente con Europa.

La adscripción de *Sol y Luna* al hispanismo no debe confundirse con una reproducción automática del modelo promovido desde España. Así como exponía su filiación formal al mismo, resaltaba su pertenencia a la nacionalidad argentina. Ser hispanista no implicaba para los intelectuales de *Sol y Luna* renunciar a ser argentinos o relegarlo a un segundo plano, era reconocer las raíces hispánicas del argentino. A partir del momento en que España se vio permeada por el falangismo, paralelamente, la revista en forma casual, o quizá causal, exaltó

⁶³ “Presentación”, n°3, art. cit., p. 7.

aún más la pertenencia a la argentinidad y comenzó a centrarse en indagar problemas, obras y figuras nacionales, matizando al mismo tiempo la relación jerárquica entre España y América y reclamando un trato al menos de paridad. Este posicionamiento pudo obedecer a dos cuestiones: las presiones de la diplomacia y los grupos políticos españoles en pos de un hispanismo imperialista, ejercidas incluso a través de sus órganos de representación exterior, y las emanadas de la opinión pública liberal argentina solidaria con la República, y del rechazo estatal de las ideas totalitarias, donde la primera, cuestionaba la filiación de *Sol y Luna* con la causa franquista; y la segunda, la incluían en un código de revistas seleccionadas por la Comisión de Actividades Antiargentinas denunciadas como totalitarias y extranjerizantes.⁶⁴ En este contexto, podemos afirmar que *Sol y Luna* tomó del modelo hispanista sólo lo que le servía y rechazó lo que contradecía sus intereses nacionalistas, lo que permite matizar ciertos planteos historiográficos que presentan al nacionalismo argentino como reproductor, con escaso nivel de conflicto y contradicción, de los modelos políticos e ideológicos de la derecha y extrema-derecha europea y/o española.

⁶⁴ “Eclipse”, en *Sol y Luna* n°9, 15/12/1942.

Bibliografía

- Buchrucker, Cristian *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- Castro Montero, Ángeles. “El eco de la Guerra Civil Española en la revista *Criterio*”, en *Temas de historia argentina y americana*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, enero-julio de 2003.
- Croce, Marcela. *Sol y Luna: Falangismo y Syllabus entre Justo y Ramírez*, Buenos Aires, Hipótesis y Discusiones/23 FFyL-UBA, 2002.
- De Maeztu, Ramiro. *Defensa de la Hispanidad* (1934), Madrid, Rialp, 1998.
- De Zuleta, Emilia. “Sol y Luna”, en *Relaciones literarias entre España y la Argentina*, Madrid, Ed. Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983.
- Delgado Gomez-Escalonilla, Lorenzo *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, CSIC, 1992.
- Finchelstein, Federico. *La Argentina Fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.
-, *Fascismo transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, FCE, 2010.
- González Calleja, Eduardo. “El Hispanismo autoritario español y el movimiento nacionalista argentino: balance de medio siglo de relaciones políticas e intelectuales (1898-1946)”, en *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXVII, n° 226, 2007, pp. 599-642.
- “La hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la Prensa franquista durante la Guerra Civil española”, Madrid, CSIC, 1988.
- Navarro-Gerassi, Marysa. *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Ed. Jorge Álvarez, 1968.
- Pérez Montfort, Ricardo. *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, México, FCE, 1992.
- Quijada, Mónica. *Aires de República, aires de cruzada: La Guerra Civil Española en Argentina*, Barcelona, Sendai, 1991.
- Saborido, Jorge. “Una avanzada franquista en la Argentina: la revista *Por ellos* (1937)”, en *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de La Pampa*, n° 7, 2006.

- Zanatta, Loris. *Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, Universidad de Quilmes, 2005.